

JACQUELINE WINSPEAR

MENTIRAS PIADOSAS

Una investigación de
MAISIE DOBBS

Traducción:
ANA BELÉN FLETES VALERA



MAEVA | NOIR

*Para Anne-Marie, con todo mi amor y gratitud
por toda una vida de amistad.*

*Es cierto que mentir no es un acto íntegro;
pero cuando la verdad acarrea un grave daño,
la falta de integridad es justificable.*

Creusa

SÓFOCLES (ca. 496-406 a.C.)

*Apilad esos cuerpos en montones bien altos
en Austerlitz y en Waterloo.
Con la pala empujadlos hacia dentro, hacia dentro,
que yo trabajo:
yo soy la hierba; yo cubro todo.
Apilad esos cuerpos en montones bien altos
en Gettysburgo,
y apilad esos cuerpos en montones bien altos
en Iprés y en Verdún.
Con la pala empujadlos hacia dentro, hacia dentro,
que yo trabajo.
Dos años, diez años
y los pasajeros al guía le dirán:
¿En dónde estamos, que sitio es este?
Yo soy la hierba.
Y yo trabajo.*

«Hierba»

CARL SANDBURG (1878-1967)

PRIMERA PARTE

Londres, septiembre de 1930

1

LA JOVEN AGENTE de policía estaba de pie en un rincón de la sala. Era un lugar inhóspito con las paredes encaladas y sin adornos; una puerta pesada, una mesa de madera con dos sillas y un ventanuco con el cristal esmerilado. Esa tarde hacía frío y la mujer llevaba allí de pie desde que había comenzado su turno, hacía ya dos horas, con la chica desaliñada, inclinada hacia delante en la silla que miraba a la pared como única compañía. Otras personas habían entrado en la sala en distintos momentos y se habían sentado en la segunda silla; primero, el inspector Richard Stratton, acompañado por el sargento Caldwell, que había permanecido de pie detrás de él. Después Stratton se había quedado de pie mientras un médico del hospital Maudsley se sentaba frente a la chica y trataba de hacerla hablar. La chica —nadie sabía la edad que tenía o de dónde procedía, puesto que no había dicho una sola palabra desde que la llevaron a la comisaría aquella misma mañana con el vestido manchado de sangre, y las manos y la cara sucias como si no hubiera visto el agua en un mes— esperaba en ese momento a alguien a quien le habían pedido que acudiera para interrogarla: una tal señorita Maisie Dobbs. La agente había oído hablar de ella, pero después de lo que había visto aquel día, no tenía tan claro que hubiera alguien capaz de arrancarle una palabra a la pobre chica.

La agente oyó voces en el pasillo: Stratton y Caldwell, y alguien más. Alguien con una voz suave, ni muy alta ni muy baja,

pero a su dueña no le hacía falta levantarla para hacerse oír, o para hacerse escuchar, pensó la agente.

La puerta se abrió y entró Stratton seguido por una mujer que supuso que sería Maisie Dobbs. La agente se quedó sorprendida, porque no era como ella esperaba; no tardó en darse cuenta de que la voz no revelaba gran cosa sobre su dueña, excepto que tenía hondura sin llegar a ser una voz grave.

La mujer vestía un traje sencillo de color burdeos y zapatos negros, y llevaba un maletín negro de piel bastante usado. Sonrió a la agente y a Stratton de una forma que casi sobresaltó a la mujer uniformada cuando se encontró con los ojos de color azul oscuro de Maisie Dobbs, psicóloga e investigadora.

—Encantada de conocerla, señorita Chalmers —dijo Maisie, aunque no las habían presentado. La calidez del saludo desconcertó a la policía—. Brrr, qué frío hace aquí —añadió volviéndose hacia Stratton—. ¿Podemos poner una estufa de aceite, inspector? Es solo para caldear esto un poco.

Stratton enarcó una ceja yladeó la cabeza ante lo inusual de la petición. Divertida al ver que habían pillado desprevenido a su jefe, Chalmers intentó disimular la sonrisa y la chica de la silla levantó la cabeza, solo un segundo, porque la voz de la mujer la impulsó a hacerlo.

—Gracias, inspector. Ah, y a lo mejor podrían traerle una silla a la señorita Chalmers —añadió mientras se quitaba los guantes y los ponía encima del bolso negro, que dejó en el suelo. A continuación, levantó la silla y la colocó no enfrente de la chica, sino al otro lado de la mesa, pero cerca de ella.

A Chalmers le pareció extraño, y en ese preciso momento se abrió la puerta y un agente entró con una silla, salió de nuevo un momento y regresó con una estufa pequeña de parafina que dejó al lado de la pared. Intercambiaron una mirada rápida y se encogieron de hombros.

—Gracias —dijo Maisie sonriendo.

Y los dos policías comprendieron que había visto la comunicación furtiva entre ambos.

Maisie se sentó junto a la chica, pero no dijo nada. Se mantuvo en silencio un rato, lo que llevó a la agente Chalmers a preguntarse qué diantres pintaba allí. Pero entonces se dio cuenta de que aquella señorita Dobbs tenía los ojos cerrados y había cambiado levemente de postura, y, aunque no sabría decir cómo, era como si estuviera hablando con la chica sin abrir la boca, que se inclinó hacia ella, casi sin poder evitarlo. «No me lo puedo creer, va a hablar.»

—Ya voy entrando en calor.

Era una voz redonda, con acento del sudoeste del país. La chica hablaba de forma pausada, produciendo una fuerte vibración al pronunciar las erres y asintiendo cuando terminaba una frase. Una chica de campo. Sí, a Chalmers le pegaba que fuera una chica de campo.

Pero Maisie Dobbs no dijo nada, se limitó a abrir los ojos y sonrió, pero no con la boca. No, fueron sus ojos los que sonrieron. Después le tocó la mano y la tomó entre las suyas. La chica se echó a llorar, y a Chalmers le pareció de nuevo extraño que la tal Dobbs no hiciera ademán de rodearle los hombros con el brazo ni intentara que dejara de llorar; ni siquiera aprovechó el momento, como hubieran hecho Stratton o Caldwell. No, ella permaneció allí sentada y asintió con la cabeza, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Y a continuación hizo algo que volvió a sorprender a la mujer policía.

—Señorita Chalmers, ¿sería usted tan amable de asomarse a la puerta y pedir que traigan una palangana con agua caliente, jabón, un par de paños y una toalla, por favor?

La agente asintió una vez con la cabeza y se dirigió a la puerta. «Las chicas van a tener tema de conversación. Seguro que pasarán un buen rato a cuenta de este teatrillo.»

El policía de antes volvió al rato con la palangana, los paños, el jabón y la toalla. Maisie se quitó la chaqueta, la colgó en el respaldo de la silla y se remangó la blusa de seda de color crema. Metió las manos en la palangana, frotó uno de los paños con la pastilla de jabón y lo escurrió. A continuación, levantó el rostro

de la chica, la miró a los ojos enrojecidos e hinchados y comenzó a limpiarle la cara, aclarando el trapo cada poco, y terminando con toquecitos suaves con el paño caliente en las sienes y la frente. Siguió con los brazos, tomándole primero la mano izquierda para subir después hasta el codo, y luego hizo lo mismo con la mano derecha. La chica se encogió, pero Maisie fingió no darse cuenta y siguió masajeándole con suavidad la mano derecha, y a continuación el brazo hasta el codo, y después se lo aclaró.

Cuando la investigadora se arrodilló y le tomó primero un pie descalzo y sucio, y luego el otro para limpiarle el polvo y la mugre con el segundo paño, la policía se dio cuenta de que se había quedado embelesada con la escena que estaba teniendo lugar ante sus ojos. «Es como estar en la iglesia.»

La chica volvió a hablar.

—Tiene usted unas manos muy suaves, señorita.

Maisie sonrió.

—Gracias. Antes era enfermera, hace años, durante la guerra. Los soldados me decían muchas veces que tenía las manos suaves.

La chica asintió con la cabeza.

—¿Cómo te llamas?

Chalmers abrió los ojos como platos cuando la chica, que llevaba sentada en aquella sala sin tomar nada más que una taza de té desde que la habían metido allí doce horas antes, respondió de inmediato.

—Avril Jarvis, señorita.

—¿De dónde eres?

—De Taunton, señorita —dijo y empezó a sollozar.

Maisie metió la mano en el bolso negro y sacó un pañuelo de lino limpio, que dejó encima de la mesa delante de la chica. Chalmers esperó a que Maisie sacara una hoja de papel y se pusiera a tomar notas, pero no lo hizo. En vez de eso, siguió haciéndole preguntas hasta que terminó de secarle los pies.

—¿Cuántos años tienes, Avril?

—Haré catorce en abril, creo.

Maisie sonrió.

—Y dime, ¿cómo es que estás en Londres y no en Taunton?

Avril Jarvis sollozó mientras Maisie doblaba la toalla y se sentaba junto a ella de nuevo. Pero la chica respondió a la pregunta y a todas las que le hizo durante la siguiente hora, y entonces Maisie decidió que ya era suficiente por el momento. Le dijo que cuidarían de ella y volverían a hablar al día siguiente, y que el inspector Stratton estaría presente también para escuchar lo que tuviera que contarles. Y para añadir leña a la historia que Chalmers iba a contarles a las otras mujeres policía que se alojaban en las habitaciones del piso superior de la comisaría de Vine Street, la chica asintió y dijo:

—Está bien, pero solo si está usted conmigo, señorita.

—Sí, yo también estaré, no te preocupes. Ahora descansa, Avril.

2

TRAS LA REUNIÓN con Stratton y Caldwell para ponerlos al día de lo sucedido en la entrevista con la chica, el chófer del inspector llevó a Maisie a su despacho en Fitzroy Square y quedó en pasar a recogerla al día siguiente por la mañana para una nueva entrevista con Avril Jarvis. Maisie sabía que aquel segundo encuentro era importante. Según lo que trascendiera de ella y lo que pudieran corroborar, Avril Jarvis podría pasar el resto de su vida entre rejas.

—Ha tardado mucho, señorita —dijo Billy Beale, su ayudante, pasándose los dedos por el pelo trigueño. Se acercó a ella para quitarle el abrigo y lo colgó en la percha que había detrás de la puerta.

—Sí, ha sido una entrevista larga, Billy. La pobre criatura no tenía ninguna posibilidad. Sin embargo, no estoy segura de hasta qué punto está investigando la policía los antecedentes de la chica, y me gustaría obtener más información para formarme una opinión más precisa. Si me llaman para prestar declaración bajo juramento, quiero estar preparada. —Se quitó el sombrero, que dejó en una esquina de su mesa, y guardó los guantes en el primer cajón—. Quería preguntarte una cosa, Billy. ¿Os apetecería a Doreen y a ti pasar el fin de semana en Taunton con todos los gastos pagados?

—¿Como unas vacaciones, señorita?

Maisieladeó la cabeza antes de contestar.

—Bueno, no exactamente como unas vacaciones. Quiero que averigües más cosas sobre Avril Jarvis, la chica a la que he

entrevistado esta mañana. Me ha dicho que es de Taunton y no tengo motivos para no creerlo. Averigua dónde vivía, datos sobre su familia, si fue a la escuela, si trabajaba y cuándo dejó el pueblo para trasladarse a Londres. Quiero saber por qué se desplazó a la ciudad, aunque dudo mucho que supiera que era para vivir en las calles. Y también cómo era de pequeña. —Negó con la cabeza—. Por el amor de Dios, solo tiene trece años, no es más que una niña. Es espantoso.

—¿Se ha metido en algún lío, señorita?

—Ya lo creo, uno bien gordo. Están a punto de acusarla de asesinato.

—Vaya por Dios... ¿Y solo tiene trece años?

—Sí. Entonces, ¿puedes ir a Taunton?

Billy apretó los labios mientras lo pensaba.

—La verdad es que Doreen y yo nunca hemos ido de vacaciones. No le gusta dejar a los críos, pero creo que mi madre puede ocuparse de ellos el tiempo que estemos fuera.

Maisie asintió con la cabeza. Sacó una carpeta de papel manila en la que se leía «AVRIL JARVIS» y se la pasó a Billy, junto con un puñado de tarjetas en las que había tomado notas mientras esperaba para reunirse con Stratton y Caldwell.

—Muy bien. Confírmame lo antes posible si puedes ir y cuándo. Te adelantaré el dinero para el tren, la estancia en una casa de huéspedes y gastos imprevistos. Y ahora sigamos con lo nuestro, hoy tengo que irme pronto.

Billy tomó la carpeta y se sentó a la mesa.

—Ah, sí, ha quedado con esa antigua amiga, la señora Partridge.

Maisie se concentró en el libro de cuentas que tenía delante. No levantó la vista.

—Sí, Priscilla Partridge, Evernden cuando estudiábamos juntas en Girton. Después de dos trimestres allí, lo dejó en 1915 para ingresar en el Cuerpo de Enfermeras Voluntarias de Primeros Auxilios y conducir una ambulancia en Francia. —Suspiró y entonces sí levantó la vista—. No soportaba vivir en Inglaterra tras

el Armisticio. Perdió a sus tres hermanos en la guerra y la gripe se llevó a sus padres, así que se fue a vivir a la zona costera de las Landas, en Francia. Allí conoció a Douglas Partridge.

—Creo que he oído hablar de ese sitio —dijo Billy dándose unos golpecitos con el lápiz en la sien.

—Douglas es un escritor y poeta famoso. Lo hirieron de gravedad en la guerra y perdió un brazo. Sus poemas sobre el conflicto causaron bastante controversia cuando se publicaron por primera vez, pero ha logrado seguir escribiendo, aunque todo su trabajo tiene un punto bastante oscuro, ya me entiendes.

—Pues la verdad es que no, señorita. Había oído hablar de él, pero la poesía no es lo mío, si le digo la verdad.

Maisie sonrió y continuó:

—Priscilla tiene tres niños. Los llama «los sapos» y dice que son como eran sus hermanos, siempre están tramando algo. Ha venido a Londres a buscar colegio para el próximo curso. Douglas y ella han decidido que los chicos están creciendo y quieren que se eduquen en el Reino Unido.

Billy negó con la cabeza.

—Yo creo que no podría separarme de mis críos... Perdone, señorita.

El hombre se tapó la boca nada más decirlo al recordar que Frankie Dobbs había mandado a Maisie a trabajar en la mansión de lord Julian Compton y su esposa, lady Rowan, cuando murió su mujer. Maisie no tendría más de trece años por entonces.

—No pasa nada, Billy —dijo ella encogiéndose de hombros—. Hace mucho de aquello. Mi padre hizo lo que consideró mejor para mí y no tengo duda de que eso es lo que está haciendo Priscilla. Cada cual piensa de una forma, pero todos nos vamos algún día, ¿o no? —Se encogió de hombros—. Venga, terminemos estas facturas y a casa.

Maisie llevaba un año viviendo en la casa que lord y lady Compton tenían en Belgravia. Lady Rowan se lo había ofrecido como un favor, puesto que quería que alguien de confianza viviera en la planta de arriba mientras ellos estaban fuera. Maisie

era una mujer independiente con un negocio propio desde que su mentor y antiguo jefe, Maurice Blanche, se había jubilado, así que, en vez de dormir en una humilde cama en las habitaciones de los sirvientes en la azotea, como cuando llegó a vivir por primera vez a la mansión, ahora ocupaba unas elegantes dependencias en la segunda planta. Los Compton cada vez pasaban más tiempo en Chelstone, la residencia campestre que tenían en Kent, donde el padre de Maisie trabajaba como encargado de las cuerdas. Todos pensaban que mantenían la casa de Belgravia para dejársela a su hijo James, que vivía en Canadá y se ocupaba de los negocios que la familia tenía allí.

Maisie estaba sola en la casa —sin contar con el reducido número de sirvientes— la mayor parte del tiempo, y a finales de verano, lady Rowan regresaría a la ciudad para reanudar sus obligaciones como una de las anfitrionas principales de Londres. Sin embargo, las extravagancias se habían reducido durante ese último año, desde que lady Rowan, en una muestra de compasión inusual entre los miembros de la aristocracia, había dicho: «¡Simplemente, no puedo permitirme ese comportamiento cuando la mitad del país no tiene comida suficiente que llevarse a la boca! No, economizaremos y veremos cómo podemos ayudar al país a salir de esta espantosa catástrofe».

Al llegar a Ebury Place aquella tarde, Maisie llevó el MG a las cocheras situadas detrás de la mansión y se fijó de inmediato en que el Rolls-Royce de lord Compton estaba aparcado junto al viejo Lanchester, y que George, el chófer, charlaba con Eric, el criado que se encargaba de los coches cuando este se encontraba en Kent.

George se tocó la frente y le abrió la puerta del coche.

—Buenas tardes, señora. Me alegro de verla.

—¡George! ¿Qué haces tú por aquí? ¿Ha vuelto lady Rowan a Londres?

—No, señora, he venido solo con el señor. Pero no va a quedarse. Tiene una reunión de negocios y luego irá al club.

—Oh, vaya. ¿La reunión es en la casa?

—Sí, señora. Y, si no le importa, ha dicho que quería hablar con usted en la biblioteca en cuanto llegara.

—¿Conmigo?

Maisie se quedó sorprendida. A veces pensaba que lord Compton la había apoyado en los primeros años de su educación solo para darle el capricho a su mujer, aunque siempre se había mostrado muy cordial con ella.

—Sí, señora. Sabe que tiene que salir más tarde, pero ha dicho que no la entretendrá mucho.

Maisie hizo a George un gesto de asentimiento con la cabeza y dio las gracias a Eric, que se acercó al coche con un trapo para limpiar el MG, aunque estaba reluciente. En vez de entrar por la puerta de la cocina, un acto poco convencional que había tomado por costumbre, se dirigió rápidamente a la puerta principal, donde la estaba esperando Sandra, la trabajadora de más edad del personal de servicio en ausencia de Carter, el mayordomo, que estaba en Chelstone.

—Buenas tardes, señora —dijo Sandra haciendo una leve reverencia, pues sabía que Maisie detestaba ese tipo de formalidades—. El señor...

—Sí, acaba de decírmelo George. —Le entregó el sombrero y el abrigo, pero se quedó con el maletín. Consultó la hora en el reloj que llevaba prendido en la solapa, regalo de lady Rowan cuando se marchó a Francia para trabajar como enfermera en 1916. El reloj había sido su talismán desde entonces—. Gracias, Sandra. ¿Podrías prepararme el baño, por favor? Voy a reunirme con la señora Partridge en el hotel Strand Palace a las siete y no quiero llegar tarde.

—Por supuesto, señora. Una lástima que no pudiera quedarse aquí. No será por falta de sitio.

Maisie se dio unos toquécitos en el pelo mientras echaba a correr hacia la escalinata.

—Dijo que, para unos días que puede descansar de los niños, quería disfrutar de que se lo dieran todo hecho en un hotel de lujo.

Maisie se serenó antes de entrar en la biblioteca y llamó a la puerta. Oía voces de hombre. La de lord Compton era clara y firme; la otra voz sonaba más grave y categórica. Maisie escuchó detrás de la puerta con los ojos cerrados y comenzó a pronunciar en silencio las palabras que oía, cambiando la postura del cuerpo de manera automática para adoptar la que le sugería aquella voz. Estaba claro que era un hombre decidido, de buen porte y con unos hombros anchos y fuertes. Se le ocurrió que tal vez fuera abogado, aunque algo despertó su interés unos segundos antes de llamar a la puerta y entrar en la biblioteca: la voz de aquel hombre denotaba que tenía miedo.

—MAISIE, GRACIAS POR dedicarnos unos momentos de tu precioso tiempo —la saludó Julian Compton al tenderle la mano para invitarla a entrar. Era un hombre alto y delgado, con el pelo canoso peinado hacia atrás y el aire cortés y sofisticado que se tiene cuando se es rico, seguro de sí mismo y triunfador.

—Es un placer verlo, lord Julian. ¿Cómo está lady Rowan?

—Aparte de esa horrible cadera suya, ¡imparable! Como podrás imaginar, está a punto de nacer un nuevo potrillo; ¡seguramente otra promesa para el Derbi de dentro de un par de años!

—Lord Compton se volvió hacia el hombre que aguardaba de pie de espaldas a la lumbre—. Permíteme que te presente a un buen amigo, sir Cecil Lawton, abogado de la Corona*.

Maisie se acercó y le estrechó la mano.

—Buenas tardes, sir Cecil.

Percibió la incomodidad del hombre, que parecía reticente a mirarla a los ojos y prefería fijar la vista en algún punto detrás de ella. Después se miró los pies y de nuevo a lord Julian. «Casi puedo oler el miedo», pensó Maisie.

* K.C. en el original, King's Counsel. Es el título que reciben los abogados de más alto rango en el Reino Unido, nombrado por la Corona tras varios años de ejercicio ante los tribunales. (*N. de la T.*)

Cecil Lawton era solo cuatro o cinco centímetros más alto que ella. Tenía el pelo ondulado, de color gris oscuro, con raya al medio y peinado hacia atrás por los lados. Llevaba gafas de media luna y tenía una nariz bulbosa que parecía reposar con cierta incomodidad sobre el bigote encerado. Vestía ropa cara, aunque no era nueva. Maisie había conocido a muchos hombres como él en su trabajo, abogados y jueces que habían invertido mucho dinero en el aspecto exterior para dar buena impresión, pero que, una vez alcanzaban el culmen de su carrera profesional, dejaban de mirar hacia Savile Row, la calle de los sastres por excelencia, con la devoción de cuando eran más jóvenes.

—Es un placer verla, señorita Dobbs. Tal vez recuerde que ya nos conocemos. Cuando prestó usted declaración a favor de la defensa en el caso Tadworth. Aquel hombre habría ido directo a la prisión de Wormwood Scrubs de no ser por sus acertadas observaciones.

—Gracias, sir Cecil. —Maisie tenía prisa por saber el motivo del encuentro con el abogado y poder arreglarse para su cena con Priscilla. Se volvió hacia lord Julian—. Creo que quería usted verme, lord Julian. ¿En qué puedo ayudarlo?

Este dirigió una breve mirada hacia Lawton.

—Sentémonos. Maisie. Sir Cecil quiere confirmar cierta información que recibió hace unos años, durante la guerra. Acudió a mí y yo le sugerí de inmediato que tal vez tú podrías ayudarlo. —El hombre miró un momento a su amigo y volvió a fijar la vista en ella—. Creo que es mejor que él mismo te explique la situación en privado, sin que yo interfiera de ningún modo. Sé que tú prefieres que sea él quien te dé todos los detalles y responda a cualquier pregunta que consideres necesaria con absoluta confianza. He de añadir, Maisie —dijo sonriéndole a su amigo— que he informado a mi buen amigo de que tus tarifas no son insignificantes, pero que tu trabajo lo merece.

Maisie sonrió e inclinó la cabeza.

—Gracias, lord Julian.

—Muy bien. Me voy a mi guarida unos diez minutos o así. Enseguida vuelvo.

SIR CECIL LAWTON se removió inquieto en el asiento, y al final se levantó de nuevo y se colocó de espaldas a la chimenea. Maisie se reclinó suavemente en el sillón, ante lo cual Lawton se aclaró la garganta y empezó a hablar.

—Esto es de lo más inusual, señorita Dobbs. Nunca pensé que un día tendría que pedir ayuda con este asunto... —El hombre negó con la cabeza, con los ojos cerrados, y pasados unos segundos levantó la mirada y continuó—: Mi único hijo, Ralph, murió en la guerra.

—Lamento oírlo, sir Cecil —dijo Maisie en voz baja. Como notaba que el abogado tenía una pesada carga que compartir, se inclinó hacia delante para indicar que era todo oídos. El hombre había pronunciado el nombre de una manera inusual, eliminando la *e*.

—Me encontraba en posición de hacer preguntas, por lo que no me quedaron, no me quedan, dudas de que había perdido a Ralph para siempre. Estaba en las fuerzas aéreas. El que seguía vivo tres semanas después de llegar a Francia tenía suerte.

Maisie asintió con la cabeza, pero no dijo nada.

Lawton se aclaró la garganta otra vez, se mordió el puño un segundo y después se cruzó de brazos y continuó:

—Mi esposa, sin embargo, siempre mantuvo que Ralph estaba vivo. Se volvió una persona muy... inestable, creo que diría usted, tras conocer la noticia. Creía que algún día volvería. Decía que una madre sabía esas cosas. Sufrió una crisis nerviosa un año después de la guerra. Había empezado a relacionarse con espiritistas, médiums y todo tipo de charlatanes en un intento de demostrar que Ralph estaba vivo.

—Hubo mucha gente que recurrió a ese tipo de cosas, sir Cecil. Su esposa no era la única.

El hombre asintió con la cabeza y continuó con su historia.

—Uno de ellos llegó a decir que un guía espiritual... —Negó con la cabeza y volvió a sentarse frente a Maisie—. Lo siento, señorita Dobbs. Me hierva la sangre con solo pensar en ello. El hecho de que una persona pueda ejercer tanto poder sobre otra me parece aborrecible. Bastante tiene una familia con soportar la pérdida; no le hace falta que venga una bruja... —El hombre vaciló un instante y luego recuperó la compostura—. El caso es que alguien le dijo a mi esposa que un espíritu guía le había entregado un mensaje desde el más allá que decía que Ralph no estaba muerto, sino todo lo contrario.

—Tiene que ser muy difícil para usted —dijo Maisie.

Maisie prefería no tomar partido mientras escuchaba toda la historia. Había algo en el modo en que aquel hombre hablaba de su hijo que la incomodaba. Sintió un escalofrío en la nuca, en la cicatriz que le había quedado en el cuero cabelludo tras la explosión del obús. Tenía dudas sobre el amor de aquel hombre hacia su hijo.

—Mi esposa pasó los últimos dos años de su vida en un manicomio, señorita Dobbs, una institución privada en el campo. No podía permitir que los rumores pusieran en peligro mi posición. Allí la cuidaban y vivía con comodidad.

Maisie miró el reloj de pie situado en un rincón de la biblioteca. Tenía que darse prisa.

—Dígame, sir Cecil, ¿en qué puedo ayudarlo?

El abogado se aclaró la garganta otra vez antes de hablar.

—Agnes, mi esposa, falleció hace tres meses. Celebramos un pequeño funeral y publicamos una esquela en *The Times*. Sin embargo, en el lecho de muerte me hizo prometerle que encontraría a Ralph.

—Vaya.

Maisie juntó las manos y se las llevó a los labios, como si estuviera rezando.

—Sí. Prometí encontrar a alguien que está muerto. —La miró de frente por primera vez—. Es mi deber buscarlo. Por eso acudo a usted, por sugerencia de Julian.

—Lord Julian estaba en el Departamento de Guerra durante el conflicto. Seguro que él tiene acceso a los archivos.

—Por supuesto, y la búsqueda dio como resultado lo que ya sabíamos: capitán Ralph Lawton, RFC, falleció en Francia en agosto de 1917.

—¿Qué quiere que haga yo, sir Cecil?

—Quiero que demuestre de una vez por todas que mi hijo está muerto.

—Perdóneme, pero tengo que preguntárselo. ¿Y su tumba?

—Sí, claro, la tumba. Mi hijo murió calcinado cuando su avión se estrelló. Poco quedó de la nave, imagínese de mi hijo. Sus restos están enterrados en Francia.

—Entiendo.

—Doy este paso para cumplir la promesa que le hice a mi mujer.

Maisie frunció el ceño.

—Pero una búsqueda como esa podría ser interminable y difícil de soportar, si me permite que se lo diga, sir Cecil.

—Ya. Lo sé, lo entiendo. Sin embargo, he decidido que tiene que establecerse un límite de tiempo para dicha tarea.

Maisie dejó escapar un suspiro profundo.

—Sir Cecil, como sin duda comprenderá, en mi trabajo estoy acostumbrada a recibir peticiones inusuales y he aceptado encargos que otros habían rechazado o no habían tratado de la mejor manera. En un caso como este, mi responsabilidad se extiende también a su bienestar, señor, se lo digo con franqueza.

—Estoy de maravilla, no se preocupe. Yo...

Maisie se levantó y se acercó a la ventana, miró la hora y se volvió hacia el abogado.

—Con frecuencia este trabajo me exige ser rotundamente sincera y, como ya le he dicho, debo serle franca. Acaba de perder a su esposa, que lo ha obligado a hacerle una promesa terrible: encontrar a un hijo que, a todos los efectos, está muerto. Me da la impresión de que, desde que recibió la noticia de su muerte, no ha sido usted capaz de despedirse de él con los rituales que

nos ayudan a dejar en el pasado a aquellos que ya no están con nosotros.

Maisie calló un momento, miró al señor Lawton y continuó.

—Ese peregrinaje del duelo es la única forma de ser libres para recordar a los muertos con alegría. Aceptar este caso implica considerar con detenimiento el rito del duelo y la conmemoración que le esperan. Verá, sir Cecil, aún no estoy segura de cómo se desarrollará todo esto, pero sé de primera mano lo difícil que será para usted revivir la pérdida a medida que vaya avanzando en mi investigación. Y, como es lógico, tendré que investigar también a todas esas personas a las que su esposa consultó tratando de buscar respuesta a esa sensación que tenía de que su hijo estaba vivo.

—Entiendo. O eso creo. Pensé que podía limitarse a consultar registros, viajar a Francia y... —El hombre se calló. Estaba claro que no tenía ni idea de lo que podría hacer Maisie en Francia.

—Si me lo permite, voy a hacerle una sugerencia, sir Cecil. Piense en todo lo que acabo de decirle y en las implicaciones que podría tener mi investigación. Y luego llámeme al despacho y retomaremos el tema si aún desea que investigue la verdad sobre la muerte de Ralph.

Maisie buscó en el maletín una tarjeta de visita y se la tendió. En ella se leía su nombre seguido de «Psicóloga e investigadora» y su número de teléfono.

El hombre se quedó mirando la tarjeta un momento y, finalmente, la guardó en el bolsillo del chaleco.

—Muy bien. Pensaré en el alcance de mi petición.

—Estupendo. Ahora, si me disculpa, sir Cecil, he de darme prisa. Tengo un compromiso para cenar esta noche.

La llamada en la puerta anunció la llegada calculada a la perfección de lord Julian Compton.

—Pensé que ya habríais terminado.

—Sí, Julian. La señorita Dobbs ha sido de gran ayuda —dijo tendiéndole la mano a Maisie.

—Espero sus noticias a su debido tiempo, sir Cecil. —Maisie le estrechó la mano—. Una cosa más, señor. En caso de que quiera seguir adelante con la investigación, tendré curiosidad por saber qué motivo, según su esposa, tenía Ralph para no volver a casa si ella creía que estaba vivo.

3

TRAS LA REUNIÓN, Maisie se bañó, se arregló el pelo rápidamente y se puso un vestido negro de día. No tenía vestidos de noche ni ropa elegante para salir, de modo que buscó en el armario algo que pudiera servirle para una cena en el hotel Strand Palace. Se puso un poco de colorete y un toque de lápiz de labios, y se atusó el pelo una última vez. Al final, su larga melena se las había visto con las tijeras de la peluquera a principios de verano y, aunque le había hecho un corte de lo más estiloso, Maisie extrañaba el peso en el cuello al caerle por la espalda cuando se soltaba el moño. El pelo a la altura de la mandíbula de su corte *bob* ya le estaba creciendo y eso le gustaba. Por una vez en la vida seguía los dictados de la moda.

Subió al MG resplandeciente y pisó el acelerador en dirección al hotel donde había quedado con Priscilla. Aunque seguían en contacto, no se habían visto más que una o dos veces desde que su amiga se había ido a vivir a Biarritz. Al principio, Maisie había cuestionado su decisión de residir en el extranjero, pero sabía que Priscilla necesitaba estimular esa efervescente personalidad suya entumecida por la pérdida y el dolor. En Biarritz se había metido de lleno en un ambiente de fiesta, y lo único que había impedido que se la llevara la corriente de una vida de decadencia tras la guerra había sido la fuerza y la determinación serenas de su marido, el poeta Douglas Partridge. Este la había acogido en su hogar en la costa y en la relajante influencia de su vida de búsqueda e introspección artísticas. Maisie se alegraba por su

amiga, y en su opinión formaban una pareja sólida. Priscilla había descubierto la felicidad verdadera, y con ello animaba a Douglas a relacionarse con otras personas sin perder la seguridad en sí mismo. Pasado el tiempo y siendo ya madre de tres hijos, la envidiable energía de Priscilla terminaba por los suelos al final del día, aunque Maisie se preguntaba cómo se las apañaría sin la niñera.

Pero Maisie tenía la mente ocupada no solo con Priscilla y su familia mientras avanzaba entre el tráfico londinense. La preocupaba su encuentro con sir Cecil Lawton, un caso que podría ser lucrativo, aunque le daba la impresión también de que estaba cargado de ambigüedad. Le gustaba dejar sus casos perfectamente cerrados, saber que podía archivar toda la información recabada sin miedo a que se hubiera dejado cabos sueltos. No podía evitar pasar por alto que Agnes Lawton le había pedido de forma explícita a su marido que buscara a su hijo, mientras que las instrucciones que Cecil Lawton le había dado a ella eran demostrar que su hijo estaba muerto, que era muy diferente. Aquello que apuntaba a un cliente que podía dar problemas. Esperaba que el abogado se inclinara por no seguir adelante con la investigación.

Maisie aparcó y entró a toda prisa en el elegante hotel Strand Palace. Al hacerlo, se vio reflejada en el vestíbulo recién reformado con un estilo muy vanguardista recubierto de espejos. Suspiró. Lo cierto era que había una parte de su reencuentro con Priscilla que temía. Su amiga se confesaba un sabueso de la moda. Con esas piernas largas, los rasgos aguileños y el pelo castaño reluciente le quedaba bien cualquier cosa, de cualquier estilo, todo nuevo siempre y muy caro. «Me paso el día de acá para allá o metida hasta las orejas en la vida de tres demonios, así que no me resigno a no viajar de vez en cuando a París para ir de compras», le había dicho Priscilla. Y sabía que su estilo era insulso en comparación con el de su amiga.

Maisie la vio de inmediato, sentada en un sillón. Se detuvo un momento a observarla. Priscilla llevaba unos pantalones

anchos de seda con mucha caída y una blusa de color gris claro metida por dentro de los pantalones de cintura ancha. Sobre los hombros tenía una chaqueta de seda negra también, de un estilo más corto que el que solía llevar ella. La chaqueta se completaba con un vivo de color gris claro y un pañuelo de seda en el bolsillo frontal del mismo color. Maisie se sacudió unas motas de polvo del vestido, que de pronto se le antojó pasado de moda. Priscilla se volvió hacia ella y, con una sonrisa resplandeciente, descruzó las piernas rápidamente pero con elegancia y se levantó.

—Maisie, querida, estás impresionante. ¡Tiene que ser el amor!

—Anda ya, Pris —contestó ella besándola en las mejillas.

Las dos se separaron para poder contemplarse mejor.

—Bueno, he de decir que no tienes arrugas.

Priscilla sacó un cigarrillo del bolso y lo metió en una boquilla de ébano. Maisie se acordó de la gesticulación exagerada que empleaba cuando fumaba aquellos cigarrillos prohibidos en los tiempos en que estudiaban en Girton; agitaba en el aire la boquilla para enfatizar algún comentario, y a veces formaba un círculo de humo perfecto antes de decir: «En mi opinión...», cosa que siempre daba aunque nadie se la hubiera pedido.

Priscilla rodeó a Maisie con el brazo y la condujo con complicidad hacia el restaurante.

—Quiero que me lo cuentes todo, y me refiero a todo, acerca de la persona que hace que te brillen así los ojos. Sé que has tenido un par de pretendientes y conozco ese brillo. Recuerdo haberlo visto cuando fuimos a la fiesta de despedida de Simon. ¿Te acuerdas...? —Calló de repente—. Dios mío, perdona, Maisie, no era mi intención...

—No te preocupes, Pris. Hace mucho tiempo de eso. Y fue una fiesta maravillosa, la mejor de mi vida. —Sonrió para que su amiga supiera que no había nada inoportuno en hablar de Simon. El capitán Simon Lynch era el joven médico del ejército

británico a quien había amado, y que había quedado incapacitado física y mentalmente por culpa de las heridas sufridas en la Gran Guerra.

Priscilla se paró y miró a Maisie a los ojos con el brillo de las lágrimas en los suyos al recordar la hondura de su pena. Ella le acarició la mano que le había apoyado en el brazo.

—Venga, vamos a tomarnos una copa, Pris. Me apetece.

—¡Pues sí que has cambiado! Ahora ya solo me queda llevarte de compras.

Maisie se volvió hacia Priscilla mientras las conducían a una mesa.

—Sabía que no tardarías ni dos minutos en llevarme por ese camino.

—Vale, muy bien, dejaré el tema para más adelante. Puede que estés saliendo con un médico rural. Porque es él, ¿verdad? Pero no hace falta que te vistas con ropa sosa y te pongas las perlas ya mismo.

—Pero yo no...

Priscilla levantó una mano con gesto juguetón y pidió un gin-tonic. Maisie se decantó por un vino dulce.

—Muy bien, habla, cuéntamelo todo. ¿Es Andrew Dene? ¿El doctor Andrew Dene? ¿Ese de quien me hablabas en tu última carta?

—Mira, no es nada serio, solo estamos... Oh, gracias. —Maisie sonrió al camarero, contenta por la interrupción.

—¿No es nada serio? ¡Apuesto a que el doctor Dene sí lo considera algo serio! ¿Te ha pedido que te cases con él?

—Pues no...

—¡Oh, vamos! Eres una mujer triunfadora con prestigio profesional y, por la forma en que te sonrojas, parece que estoy hablando con la enamoradiza de mi niñera. —Priscilla apagó el cigarrillo y bebió un buen sorbo de su gin-tonic—. Quien he de decir que me ha hecho que me salgan canas de preocupación por culpa de la aventura que ha tenido con un hombre que me parece que no es trigo limpio.

—Menos mal que eso no tiene mucho que ver con mi caso. Andrew es muy simpático.

—Entonces, ¿por qué no te vas a casar con él?

Maisie bebió y dejó el vaso en la mesa.

—Para que lo sepas, no me lo ha pedido. Por el amor de Dios, si casi no nos hemos visto desde la primera vez que fuimos juntos al teatro. Disfruto de su compañía, es muy divertido, seguro que te caería bien, pero aparte de pasar juntos algún día del fin de semana o alguna tarde entre semana cuando viene a la ciudad, los dos estamos muy ocupados.

Priscilla metió otro cigarrillo en la boquilla, enarcó una ceja y se inclinó hacia su amiga.

—¿Seguro que solo has pasado algún día del fin de semana, y no el fin de semana entero con él?

—Eso es todo, Priscilla Evernden. ¡Eres un demonio! —Maisie se rio y su amiga con ella—. Ay, cuánto me alegro de verte, Pris. Venga, háblame de los niños. ¿Has encontrado ya colegio para ellos?

El camarero regresó para tomar la comanda y, cuando se marchó, Priscilla continuó poniendo a Maisie al día de su vida familiar y de la búsqueda de un colegio adecuado para los tres niños, acostumbrados a cierta libertad en su moderno complejo turístico de la costa francesa, y que dentro de poco iban a tener que habituarse a una vida mucho más rígida. Siguieron hablando durante toda la cena.

—Así que estamos entre la espada y la pared tratando de conseguir que reciban una educación y que no les den una paliza por cometer un error. —Posó los cubiertos en el plato y alcanzó la copa de vino—. El caso es que voy a visitar tres colegios más esta semana y, aparte de eso, tengo que ver a mis abogados para hablar sobre el mantenimiento de las propiedades familiares. Una parte de mí quiere venderlo todo, pero, por otro lado, me gustaría conservarlo para los chicos. —Negó con la cabeza—. Un tema de conversación muy aburrido para la cena. ¿Qué me dices de ti? ¿En qué estás trabajando?

—Ya sabes que no puedo hablarte de mis casos.

—¿Ni siquiera un poquito a una madre en apuros?

—¡Cuando las ranas críen pelo! —contestó Maisie sonriendo—. Está bien. Lo único que puedo decirte es que mi próximo caso, si es que al final me lo encargan, consiste en demostrar que alguien que murió en la guerra está muerto de verdad. —Tuvo cuidado de no decir «aviador», aunque era consciente de que nunca antes había compartido con alguien ajeno a una investigación tanta información como la que acababa de darle a Priscilla.

Su amiga puso una mueca.

—Eso me pasa por preguntar. Claro que no es tan inusual si lo piensas bien. Piensa que a muchos los consideraron desaparecidos, con el consiguiente dolor para sus familias.

—Y es posible que tenga que ir a Francia —continuó Maisie—. Aunque no puedo decir que me apetezca.

—Entonces debes ir a Biarritz. Tómatelo como unas vacaciones después de todo lo que has trabajado. ¡Dios mío, llevo años intentando que nos hagamos una visita!

—Me temo que eso me pillará a desmano. Si estuvieras en tu piso de París, sí podría ir a verte.

Priscilla negó con la cabeza.

—A París no voy más que de compras de vez en cuando. Douglas va al piso a escribir a veces. Hay una especie de Sociedad de las Naciones libresca que se ha establecido en París y que le gusta frecuentar. Los estadounidenses son divertidos, pero, entre tú y yo, a mí me parece que a lo que van es a criticar.

—No sé, Pris. Existe algo parecido en Fitzroy Square, pero casi nunca los veo. Ni siquiera nos damos los buenos días.

Priscilla guardó silencio y acarició el borde de la copa con el dedo mientras Maisie la observaba. Su postura había cambiado; tenía toda la tensión acumulada en la zona de los hombros, y Maisie sabía que la razón estaba en el corazón de su amiga.

—¿Qué ocurre, Priscilla?

—Nada, no es nada...

Maisie se reclinó en la silla, mientras que Priscilla se inclinaba hacia delante y apoyaba los codos en la mesa. Y al momento empezó a desgranar los pensamientos que cargaba auestas entre medias sonrisas y alguna que otra broma.

—Mi padre me hubiera hecho levantar de la mesa por esto, ¿lo sabes? «En la mesa solo carne cocinada», le gustaba bromear mientras te clavaba el tenedor en el brazo.

—Los que se fueron nunca se quedan lejos —dijo Maisie.

—Ya lo sé. Lo veo cada vez más en los niños según van creciendo. Aunque ellos no llegaron a conocer a sus tíos, los veo reflejados en ellos cada día, ¡incluso cuando uno está a punto de darle un pescozón a otro! ¡Cuánto los echo de menos! Sigo echando de menos a mi familia, Maisie —dijo Priscilla levantando la boquilla de marfil y, pese a la mirada despectiva de dos damas de edad que estaban comiendo en una mesa cercana, encendió otro cigarrillo.

—Pero hay algo más, ¿verdad? —instó Maisie apoyando las manos en la mesa, no con las palmas hacia abajo, sino vueltas un poco hacia arriba y en posición relajada.

Priscilla expulsó un anillo de humo y sonrió de oreja a oreja a sus vecinas de mesa. «No cambia», pensó Maisie.

—Es por el caso ese que has mencionado, Maisie. —Priscilla vaciló un momento antes de continuar—. Me ha hecho pensar en mi hermano mayor, Peter. Como sabes, yo soy la pequeña. Los chicos eran todos mayores que yo. A Phil y a Pat los mataron en 1916, con dos semanas de diferencia, pero a Peter... No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? —dijo Maisie resistiendo el impulso de inclinarse hacia delante en vez de dejarle espacio para que siguiera hablando.

—No, no tengo ni idea. —Priscilla miró a su amiga a los ojos—. Creo que es porque mis hijos están creciendo muy deprisa. Me negué a pensar en ello cuando terminó la guerra y, después, cuando murieron mis padres. Me fui a Francia a toda prisa y durante un año me dediqué a emborracharme; menos

mal que apareció Douglas y me sacó del abismo. Lo adoro, Maisie, y adoro a mis niños. Mi marido y yo nos hemos ayudado mucho y no quiero volver la vista atrás, pero...

—¿Pero?

—Nunca supimos dónde murió Peter. Nunca encontraron su cuerpo, aunque tampoco era inusual, ¿no te parece? Yo ni siquiera llegué a ver el telegrama. Mis padres ya habían perdido a Patrick y a Philip, así que lo quemaron, y yo llevo dándole vueltas desde entonces. Intento enterrarlo en el fondo de la mente, pero de repente algo, y a veces es algo muy simple, nada grave como lo de tu caso, lo trae de nuevo al presente.

Maisie guardó silencio un buen rato. Y después extendió las manos y tomó las de su amiga.

—Escucha, Pris, quiero que valores esto que te voy a decir, y, por favor, no lo descartes sin más. Puedo recomendarte a alguien que a través de la conversación puede ayudarte a cerrar el asunto de Peter en tu corazón. Yo soy tu amiga, nuestra relación es demasiado cercana para que yo lo haga, pero Maurice...

Priscilla sacó la mano derecha de entre las de su amiga y la levantó para que no siguiera hablando.

—Sé lo que quieres proponerme, Maisie. He oído hablar mucho sobre esas modernas terapias conversacionales y no son lo mío. Prefiero escuchar un disco antiguo en el gramófono y beber y fumar hasta que la pena encuentre a otro a quien amargarle la vida. —Guardó silencio un segundo y cambió de tema—. ¿Has recibido carta de Girton para pedirte que colabores en su nueva campaña para recaudar fondos? He pensado que voy a darles algo.

MAISIE Y PRISCILLA estuvieron juntas una hora más recordando mientras cenaban los años de Girton y lo que les había deparado la vida desde la guerra. Quedaron en verse de nuevo para comer antes de que Priscilla tomara su vuelo en el aeródromo de

Croydon de vuelta a Francia. Pero cuando regresó conduciendo a Ebury Place con la capota del MG bajada tras dejar a su amiga, pues era una noche cálida de principios de otoño, Maisie valoró la posibilidad de regresar a Francia, perspectiva que la aterraba.